

LOS MERCADOS DEL CAFÉ Y LOS PEQUEÑOS CAFICULTORES

*Negro como el Diablo
Caliente como el Infierno
Puro como un Angel
!Dulce como el Amor!*

Esa era la idea que Talleyrand, el archifamoso y desleal político francés, tenía acerca de las cualidades de un buen café. Quizás ni él ni aquellos antiguos habitantes que lo descubrieron en la provincia de Kaffa, en la Alta Etiopía, imaginaron que el aromático grano iría a tener tan grande impacto en el mundo. En la actualidad, después del petróleo, es la primera fuente de divisas para la periferia subdesarrollada. Origen de grandes riquezas para unos pocos agricultores, industriales y comerciantes, lo es también de miserias, frustraciones y desesperanza para muchos caficultores, particularmente para los más pequeños, en toda la extensión del mundo tropical.

LA INCONSTANCIA DEL MERCADO INTERNACIONAL

El consumo mundial de café durante 1993 —que en los países productores apenas si creció en un 1%— significó 4,4 millones de toneladas. Si bien en algunos países como Estados Unidos (representa una cuarta parte del consumo de los no productores), Italia y Japón la demanda por el aromático aumentó, ésta no fue lo suficientemente fuerte como para compensar el descenso del consumo que ocurrió en todos los demás países, aunque los precios reales para los consumidores fueron más bajos en 1993 que en el año anterior, debido a que el ingreso de los consumidores no creció apreciablemente. Como se sabe, los precios del café estuvieron muy bajos durante los años que van de 1990 a 1993. A mediados de 1994 se recuperaron, producto de la acción de varios factores, a saber: la reducción de la producción, como consecuencia de la disminución de la superficie sembrada en varios países productores; el plan de retención de sacos de café puesto en marcha por éstos; las heladas en Brasil, que disminuyeron la producción del principal productor mundial y que, conjuntamente con lo anterior, contribuyeron a reducir las exportaciones; y una cierta especulación financiera en los mercados de materias primas, que incluyó al café durante algún tiempo, con el consecuente aumento de los valores de la aromática semilla. Entre enero y junio del último año mencionado, el precio compuesto de la Organización Internacional del Café (OIC), casi se duplicó, y en septiembre sobrepasó los dos dólares por libra (US 2 \$/li.), el más elevado en mucho tiempo. Desde entonces, los precios han venido disminuyendo paulatinamente, aunque todavía permiten hacer rentable el cultivo. Actualmente se mantienen en alrededor de un dólar con cincuenta por libra (US 1,50\$/li) para el café colombiano y de un dólar con veintidós centavos (US 1,22\$/li), para el brasileño, en el mercado spot. La OIC había previsto una disminución de 10% en la producción

para la cosecha 1995/96, en relación a la del año agrícola anterior, debido fundamentalmente a las heladas en Brasil. Más recientemente los efectos de las fuertes lluvias que se produjeron en Centroamérica afectaron la producción y contribuyeron a sostener un poco los precios internacionales. Pero eso no fue suficiente, porque los precios siguen cayendo. En la Bolsa de Nueva York, los precios de futuro del café, para entrega en los meses de septiembre y diciembre de este año y marzo y mayo del próximo (1977), muestran una tendencia a la baja, pues pasarían de ciento veintitrés centavos de dólar por libra (US 123 cts.\$/li), en promedio, en julio de este año, a noventa y seis centavos de dólar con cincuenta (US 96,50 cts \$/li) en marzo del próximo, y a noventa y seis centavos de dólar con veinticinco (US 96,25\$/li) para mayo de 1977. Lo cierto es que las expectativas de producción han aumentado, en todo el mundo cafetalero, inducidas por los buenos precios de 1994. Muchos países productores, adicionalmente, crearán poder pagar la deuda externa colocando el producto a buenos precios. En todo caso, la historia de los precios del aromático en el mercado internacional muestra una tendencia a la fluctuación, de forma más o menos regular; esto quiere decir que a una elevación de los precios en un período determinado corresponde, en el siguiente, un descenso de los mismos. En consecuencia, y de acuerdo con esta apreciación, habrá una importante caída de los precios del café en el futuro próximo.

La historia de los precios del aromático en el mercado internacional muestra una tendencia a la fluctuación, de forma más o menos regular; esto quiere decir que a una elevación de los precios en un período determinado corresponde, en el siguiente, un descenso de los mismos

Julio Mora Contreras



LA SUBORDINACIÓN DEL MERCADO INTERNO

Después de la vertiginosa subida que experimentaron los precios a mediados de 1994 —por influencia de los aumentos internacionales, ya comentado— y que los situó cerca de los seiscientos bolívares el kilogramo (600bs/kg) de café verde, se han elevado de nuevo este año hasta unos novecientos o mil bolívares por kilogramo (900-1000 bs/kg). Producto de ello y del descenso del ingreso real, el consumo en Venezuela ha caído, aproximadamente, de unos 2,5 kilogramos por persona/año, en 1990, a un poco menos de 2,0 kgs, en el presente. Por otra parte, la tasa de inflación, para 1996, superará seguramente el ciento por ciento, lo que hace suponer que los costos de producción están creciendo en una proporción que superará los últimos aumentos de precios.

¿Cuál será la situación de la caficultura venezolana para estos próximos años? La producción deberá aumentar, el consumo tenderá a estancarse o a disminuir, dependiendo de lo que ocurra con el ingreso, y los precios se mantendrán —en el mejor de los casos— o, más probablemente, bajarán. Lo cierto es que los precios internos, a diferencia de lo que había venido ocurriendo hasta ahora, estarán muy ligados a los del mercado

Si los precios internacionales continúan cayendo y si el ingreso de los venezolanos no mejora substancialmente —ambas cosas muy posibles— el café colombiano entrará como una avalancha a Venezuela

internacional y éstos, de acuerdo con lo visto, descenderán para las siguientes cosechas. Esa es una conclusión muy cierta, que deberá encontrar a los caficultores convenientemente preparados para enfrentarla. Otra, igualmente verdadera, es que el mercado interno se alinea cada vez más con el internacional. Si los precios suben allí, aquí aumentarán; si bajan, acá descenderán.

LAS DURAS EXPECTATIVAS

En primer lugar, los caficultores de todo el mundo han sembrado más plantas, por lo que la producción, hacia 1997-98, deberá inundar el mercado internacional, con las consecuencias anotadas. Eso podrá variar, dependiendo del clima o de las medidas que tomen los países productores, como, por ejemplo, el programa de retención de café de los principales exportadores del grano.

En segundo lugar, Venezuela es signataria de convenios, como el del GATT, ahora transformado en la Organización Mundial del Comercio (OMS), que la obligan en materia de comercio internacional. Además, la firma del acuerdo con el FMI, está acelerando la apertura de las fronteras, lo que significa bajos aranceles aduanales para los productos importados. Así, si hay excedentes en el mercado mundial y caen los precios, entrará café más barato a Venezuela.

En tercer lugar, existen acuerdos con Colombia para integrar un mercado con cero aranceles. Debemos recordar que este país es el segundo productor mundial de café, con unos rendimientos promedio por hectárea que superan en casi cinco veces los de Venezuela (19 quintales/ha., ellos, contra 4 acá). Por otra parte, el control de la frontera entre los dos países es casi inexistente o, en todo caso, muy permisivo, a la hora de transportar productos de aquí para allá o a la inversa, cuando los precios favorecen a uno u otro lado. Legalmente no se puede importar café colombiano debido a la presencia de la broca —insecto extremadamente dañino para el fruto— pero, ya se

informó de su presencia en zonas tachirenses. No habrá, en consecuencia ningún impedimento de orden legal para frenar el ingreso del producto colombiano. Además, hace poco, la torrefactora más grande del país interpuso una demanda por ante la Junta del Acuerdo de Cartagena, organismo supranacional del cual Venezuela es signatario, exigiendo que se le permitiera importar café tostado del vecino país, para el cual la prohibición no tendría efecto. El organismo citado aprobó la petición de esta Empresa. Así las cosas, y a pesar de los argumentos que se puedan esgrimir, más temprano que tarde las importaciones legales de café colombiano serán una realidad en Venezuela. El volumen de comercio —dominado por empresas transnacionales— es ya tan importante entre estos dos países, que seguramente el gobierno venezolano no lo va a sacrificar para proteger al café venezolano. Aunque más bien deberíamos decir a los pequeños caficultores del país —unos cincuenta mil— que son, dicho sea de pasada, quienes producen la mayor proporción del grano. Si los precios internacionales continúan cayendo y si el ingreso de los venezolanos no mejora substancialmente —ambas cosas muy posibles— el café colombiano entrará como una avalancha a Venezuela.

La conclusión más importante que se puede derivar de todo lo anterior es que en un mundo como el que nos tocará vivir a partir de ahora, de ímpetu renovado del comercio y de bajas restricciones aduanales, no se puede producir y competir fundamentándose en el azar de lo

Es absolutamente necesario mejorar los rendimientos por hectárea y bajar los costos, lo más rápido que se pueda, si los caficultores, particularmente los pequeños, quieren competir, incluso, en el mercado nacional

que el clima pueda deparar; por ello, es definitivamente imprescindible ser cada vez más eficientes. Lo que se puede traducir en que es absolutamente necesario mejorar los rendimientos por hectárea y bajar los costos, lo más rápido que se pueda, si los caficultores, particularmente los pequeños, quieren competir, incluso, en el mercado nacional. Para ello, será preciso vencer muchas dificultades, pues el propio Estado venezolano, hasta hace poco dispuesto a socorrer, mal que bien, a los agricultores, se encuentra prácticamente quebrado. La agricultura, si juzgamos por los presupuestos a ésta acordados, no es precisamente una de sus prioridades.

Es necesario pensar en la diversificación de la producción, sembrar otros cultivos que le permitan al agricultor capear el temporal y mantenerse en la producción

LAS EXIGENTES POSIBILIDADES

Como queda dicho, se hace necesario mejorar el cultivo del café, aumentar los rendimientos y bajar los costos de una manera substancial. En este último caso, tratar sobre todo de desvincularse de los insumos industriales –apelar al control biológico de plagas y a abonos orgánicos como los producidos por las lombrices californianas y los biodigestores. Pero hay que explorar otras vías. Una de ellas es la exportación de café de buena calidad para el norte del Brasil –ya planteado en el Congreso del Café, en San Cristóbal– pues los cafetales venezolanos están más cerca de esa región que los de su propio país, ubicados en el sur, a unos cuantos miles de kilómetros de distancia. Otra posibilidad es la colocación del producto en determinados mercados exigentes en cuanto a calidad, llamados ahora “nichos”: café orgánico para la Comunidad Económica Europea, valga el caso, que presenta elevada demanda

por este producto. Para ello, sería necesario operar, como hacen los franceses con los vinos, mediante la “denominación de origen” o designación de un producto por el nombre del lugar donde él ha sido cosechado o producido, delimitando exactamente la superficie de producción con la garantía legal de calidad. Esto ya lo hacen los jamaquinos con el café “Blue Mountain”, que se cotiza a elevados precios en los mercados de los países industrializados. También es necesario pensar en la diversificación de la producción, es decir, reducir la superficie sembrada con café y aumentar allí la eficiencia productiva y, poco a poco, sembrar otros cultivos que le permitan al agricultor particularmente a los medianos y pequeños capear el temporal y mantenerse en la producción. La nuez de macadamia, algunos frutales –cítricos y aguacates, entre otros– y las flores, con buenos precios en todos los mercados, podrían ser la alternativa. Así, el caficultor no estaría dependiendo solamente de un cultivo, sino que podría llevar a vender otros productos, con lo cual distribuiría mejor el ingreso a lo largo del año y, sobre todo, disminuiría el riesgo al que siempre se enfrenta como monoproducción.

A MODO DE CONCLUSIÓN

El problema de nuestra caficultura no es tanto de desabastecimiento, pues unos mil caficultores con una producción de mil quintales cada uno –lo que es perfectamente posible en la Venezuela de hoy– coparían la demanda interna; ni de inexistencia de una tecnología que sirva para mejorar los rendimientos por hectárea, como de ausencia de una sólida política agrícola para apoyar a los pequeños productores –98% del total– y para hacer avanzar el cultivo de éstos por la vía de la eficiencia. Se investiga suficientemente en el problema técnico-agronómico del cultivo –lo que está muy bien– pero se estudia muy poco el modo de producir y la racionalidad del pequeño agricultor –lo que es cuestionable–. Las fincas de la mayoría de los caficultores son muy pe-

queñas –menos de 5 has. – y éstos, a su vez, son muy pobres, como para poder afrontar, por sí solos, los costos que implica renovar la caficultura, con la técnica necesaria y diversificar la producción. La industria no ha demostrado interés hasta ahora, y en un mercado abierto lo tendrá menos. El Estado dice no tener recursos para estos menesteres. Por ello, será necesario apelar a nuevas formas de organización y de financiamiento, para tecnificar el cultivo, aumentar la eficiencia y diversificar la parcela, única manera de mantenerse en la producción y mejorar el ingreso. De lo contrario desaparecerán los pequeños cultivadores de café y con ellos aumentará el

El problema de nuestra caficultura es la ausencia de una sólida política agrícola para apoyar a los pequeños productores –98% del total– y para hacer avanzar el cultivo de éstos por la vía de la eficiencia

enorme riesgo que significa desproteger todas las zonas montañosas, donde se encuentran las nacientes de buena parte de los ríos del país. Eso ya está ocurriendo: la escasez de agua en Chiguará, en el Estado Mérida, donde se han eliminado los cafetales y los árboles que los sombrean, es dolorosamente elocuente. Esa es la terrible realidad que nos espera si no cambiamos el rumbo. Para ello será necesario, entre muchas otras cosas, no ahogar el Estado, como pretenden los neoliberales, sino más bien definir cuáles áreas deberá abandonar y, también, cuáles deberá fortalecer para beneficio de las grandes mayorías de la sociedad venezolana. Una, que deberá asumir plenamente, será proteger, a como de lugar, la pequeña producción cafetalera. □

Julio Mora Contreras es economista, investigador y profesor de la UCV en Maracay.